

# Interdisciplinares



## LA ORIGINALIDAD Y EL PLAGIO EN LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

Ricardo M. Gil Otaiza<sup>1</sup>

La aparición de la idea de *verdad* agrava el problema del error, pues cualquiera que se crea poseedor de la verdad se vuelve insensible a los errores que puedan encontrarse en su sistema de ideas y evidentemente tomará como mentira o error todo lo que contradiga su verdad.

Edgar Morin, Emilio Roger Ciurana y Raúl D. Motta  
*Educación en la era planetaria*<sup>2</sup>

### Introducción

Mucho se habla de plagio en distintos contextos, pero lamentablemente el vocablo ha perdido su fuerza por el mal uso que hemos hecho de él. Las palabras se desgastan, se ralentizan, se pierden en una infinidad de posibilidades que las alejan de su verdadera esencia. El *Diccionario de Lengua Española*<sup>3</sup> define el plagio como “Acción y efecto de plagiar (o copiar obras ajenas)”, y al vocablo plagiar, como: “Copiar en lo sustancial obras ajenas, dándolas como propias”. Su definición es simple, ya que denota echar mano de obras de otros y hacerlas pasar como propias, o tomar fragmentos de las mismas sin la cita respectiva, desconociéndose así la denominada autoría. Ahora bien,

---

<sup>1</sup> Profesor e Investigador Titular (J) adscrito a la Facultad de Farmacia y Bioanálisis de la Universidad de Los Andes. Individuo de Número Sillón 5 de la Academia de Mérida. Miembro Correspondiente Nacional de la Academia Venezolana de la Lengua. Escritor y columnista de la prensa nacional. 34 libros publicados.

<sup>2</sup> Morin, Ciurana y Motta. (2003). *Educación en la era planetaria*. Barcelona: Gedisa Editorial, p. 29.

<sup>3</sup> Real Academia Española (2001). *Diccionario de la Lengua Española*. Vigésima Segunda Edición. Madrid: Espasa, p. 1777.

¿todo debería ser considerado como plagio, sin matices, sin puntos medios y sin los necesarios encuentros? Es aquí en donde hallamos la complejidad del tema, ya que involucra diversas variables que se entrecruzan para articular así una densa red de interretroacciones, que hacen de la temática un “algo” no tan fácil de explicar, ni de demostrar.

Muchos argumentan que gracias a la tecnología (era digital) resulta mucho más fácil toparse con el plagio, pero soy un convencido de que, a pesar de los novedosos programas que nos permiten encontrar similitudes entre obras y autores, es hoy precisamente cuando más nos encontramos con grandes dificultades, ya que nos hallamos en un mundo interconectado, globalizado, digitalizado, en el que todo es posible, incluso echar mano de lo ajeno, por los sutiles que suelen ser los linderos del concepto de la originalidad. Ya he expresado en otros contextos, que la noción de originalidad se mece en una suerte de limbo, en virtud de que quienes publicamos en el ámbito académico (y en la literatura, u otras trincheras intelectuales) echamos mano de la larga tradición greco-romana.

No en balde la expresión “pararse sobre los hombros de gigantes”, atribuida a Bernardo de Chartres, no es otra cosa que el convencimiento absoluto de que partimos de lo ya explorado en el pasado, y que avanzamos en la conquista de nuevos territorios. Isaac Newton, haciendo alusión a su antepasado del siglo XII, expresó también, tres siglos después: “Si he visto más lejos, es poniéndome sobre los hombros de gigantes”. Ya ni siquiera se trata de un ejercicio de retórica, que implica, en todo caso, disquisición, ni tampoco de ejercicios (o especulaciones) de carácter filosófico, sino de cotejar todo aquello que dio pie a nuevas interpretaciones, a interesantes aproximaciones y a novedades epistémicas. En la ciencia, sobre todo, siempre habrá un ejercicio o una práctica que implica fungir de enanos montados sobre los hombros de gigantes, ya que la incertidumbre propia de la verdad nos lleva por oscuros territorios, que solo podemos atisbar desde las alturas de lo ya conocido y trajinado.

## De la originalidad y el plagio en la investigación científica

Lo original, en todo caso, y no me canso de repetirlo, es una suerte de limbo, ya que toca tangencialmente lo conocido, lo que nos impele a colocar dicho vocablo entre comillas, con sutileza y cuidado, no vaya ser que nos topemos con atavismos, paradigmas perdidos, tradición oral y escrita. No en vano, toda investigación, nos lo dice el método científico, implica desentrañar antecedentes, bases epistémicas, filosóficas-ontológicas y metodológicas. Es decir, nos impele a que hablemos de quienes ya recorrieron los mismos caminos, y les hacemos secuenciación, indagación y seguimiento, hasta alcanzar inusitados horizontes, sin dejar de lado los sustentos. Ya que menciono a los paradigmas, no nos podemos olvidar del filósofo de la ciencia Tomas Kuhn, quien en su obra *La estructura de las revoluciones científicas*<sup>4</sup> lo dejó meridianamente claro, al señalar que son grandes marcos de referencia que pueden servir de modelos a seguir en el trabajo científico. Parafraseando sus palabras, es una suerte de prácticas, así como de saberes, que van a definir a una disciplina científica.

Si bien, no hay unanimidad en torno del concepto de paradigma, y muchos echan mano de él para referirse a cuestiones muy distintas, lo que sí tenemos más o menos entendido, es que ese conjunto de “saberes y disciplinas” son fundantes a la hora de establecerse los límites entre lo conocido como verdad, y lo que solemos pensar que pueda serlo, y esto es importante cuando caemos en cuenta de que los paradigmas no son eternos ni definitivos, que pueden ser sustituidos y cambiados, pero que siempre quedarán como una suerte de sedimento que realimenta a modo de bucle recursivo las nuevas nociones científicas. Esto, por supuesto, trae consigo la necesidad de poner en duda lo establecido, de tal forma que sean esos supuestos los que nos orienten en la con-

---

<sup>4</sup> Kuhn, T. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. Traducción de Carlos Solís Santos. México: Fondo de Cultura Económica.

secución de nuevos peldaños que nos aproximen a la “verdad” como posibilidad, pero jamás como absoluto. La ciencia, en todo caso, es la orquestación de múltiples elementos, que entrelazan de manera sutil (y a la vez categórica) la noción de la realidad en toda su vastedad. Nadie, mucho menos el científico, por ser artífice del método (y del arte de la mayéutica), podrá arrogarse ser el dueño de la verdad como categoría filosófica absoluta, porque ella escapa de sus manos en una suerte de noria que podría hacerse infinita.

Visto el panorama, el tema de la originalidad y del plagio en el contexto de la ciencia, camina por un desfiladero, se mece en el vacío, zigzaguea aquí y allá hasta perderse en la nada. Los hombres y las mujeres del siglo XXI traemos a cuevas certezas e incertidumbres frente a la realidad de lo humano y de lo planetario, y esto posibilita que nuestro pensamiento se haga complementario en un intento por dar respuestas a la multiplicidad de experiencias que conforman el vivir. El pensador del siglo XXI se enfrenta así al reto de crear certezas en donde solo hay oscuridad; de generar la episteme en medio de la duda atávica, que lo impele a seguir en la búsqueda de su “razón” y en (pretender) dar respuesta a su propio desvarío.

En todo caso, se hace imperante que las nuevas generaciones de niños y jóvenes se acerquen a la ciencia y al método sin los atavismos propios de la ignorancia, o el miedo a lo desconocido, sino con la esperanza de hallar el camino para su felicidad, y la de todos los seres que habitamos el planeta. Desmitificar el hecho científico, es el trecho más corto para hacer de los noveles investigadores, personas ganadas a una actividad que los complementa en sus diarias observaciones empíricas. En otras palabras: una manera de entender a plenitud el día a día y sus referentes ontológicos. Cruzar así las fronteras entre lo original y lo que no lo es, que haga aflorar el ominoso fantasma del plagio, resulta a todas luces complejo, ya que conjunta miradas, posturas, visiones, cosmogonías, cosmovisiones y hechos que consideramos inamovibles y eternos.

El plagio es un hueso duro de roer. Casos hay, en la jurisprudencia universal, que han trasvasado las barreras de lo inaudito, cuando se ha pretendido

certificar un hecho de esta naturaleza. Y así lo ha sido, por esos sutiles territorios de los que hablara líneas arriba, que permiten la confluencia de lo posible y de lo inaceptable. En la ciencia (como en el arte) no son escasas las coincidencias, las causalidades complejas, el cruce de hilos sutiles que hace realidad el que personas distintas, en contextos antagónicos desde lo científico y lo cultural, se acerquen a un mismo hecho fenoménico y lleguen a similares planteamientos y conclusiones. Las ideas flotan en el aire: el ciberespacio y las tecnologías digitales hacen posible hoy, como jamás se hubiese podido sospechar, el que todos estemos enterados de todo, el que nada se escape a la mirada y al escrutinio desde múltiples flancos e iguales procedimientos.

Lo he dicho en otros espacios: nada hay nuevo bajo el sol. Si bien en literatura y en arte se parte muchas veces de la (¿falsa?) premisa de que nada hay dicho al respecto, bajo cuyo precepto no es posible conjurar los demonios ni las tentaciones de la originalidad como concepto absoluto, en un mundo relativista como el nuestro (una antinomia del tamaño del océano), en la ciencia no es posible, ya que un hecho lleva necesariamente al otro, y en una larga cadena de aciertos y desaciertos, de avances y retrocesos, y de tangencialidades a veces encubiertas, se recorre el camino del método como si de una receta se tratara (cerrando eso sí toda posibilidad de abrir nuevos surcos que nos aproximen a una alícuota de la anhelada verdad). El hallazgo es compartido entre el pasado y el presente, aunque nos agarremos de él como si de nuestra propiedad se tratara. Los descubrimientos de Albert Einstein en el campo de la física teórica deben mucho a sus antecesores, razón por la cual él jamás negó sus influencias ni sus referentes, sino que miró hacia adelante y caminó sobre los hombros de los gigantes del pasado (Copérnico, Galileo Galilei, Isaac Newton, entre muchos otros). En otras palabras, sus hallazgos están soportados por los paradigmas del pasado, cuyas visiones y notables errores (por supuesto) lo llevaron a empinarse por encima de su propia realidad histórica hasta desvelar nuevos horizontes.

¿Existe el plagio, entonces?, será la lógica duda de parte de quienes me siguen hasta ahora. Yo les digo que sí, pero no como un hecho absoluto, a menos que quitemos el nombre del autor de un artículo o de un libro, y pongamos el nuestro (cuestión que se ha dado por cierto en varios contextos regionales). Yo mismo, quien esto planteo, he sido víctima de situaciones como las señaladas, y me he quedado con un ingrato sabor no exento de una amarga frustración. En el campo de la ciencia, y como parte del mundillo académico, las apetencias de los hallazgos ajenos son inocultables. No hay un mundo más retorcido que el nuestro, y lo digo yo que lo he recorrido y sufrido durante años.

Al comienzo les decía que el vocablo “plagio” está manoseado y desgastado, y lo afirmé porque se le utiliza incluso cuando no es válida su impronta, de allí que haya perdido fuerza y carácter, amén de credibilidad. Se le utiliza, por ejemplo, para significar frases hechas, lugares comunes, datos conocidos, modelos desgastados, teorías manoseadas y hasta informaciones difundidas en la *Web*. Se le utiliza para significar verdades de Perogrullo, datos asequibles, narrativas leídas desde antiguo, secuencias lógicas cuyos destinos están al alcance de todos, interpretaciones de lo dicho por otros, lecturas entre líneas, casos revisitados y hasta lecturas compartidas. Se le utiliza para desacreditar, mas no para hacer justicia. Se le utiliza para dejar sobre los otros máculas, dudas, sombras y resquemores, a sabiendas de que la originalidad, como queda dicho, es un concepto tan abstracto y obtuso, que deberá ser revisado a la luz de nuestro mundo signado por las interretroacciones, que nos permiten avanzar y regresar a lo andado, como quien recoge sus pasos, pero jamás sus huellas.

El plagio en el mundo occidental está señalado como algo antiético, es decir, contrario al bien común (o al bien vivir), y comparto esta visión. Pero no todo es plagio, de allí las secuencias anteriores. A veces se cometen inadvertencias metodológicas y normativas que llevan a sus ejecutantes al ominoso territorio de lo prohibido, y nos corresponde a quienes somos testigos de ellas, señalarlas y corregirlas sin caer en la descalificación. En otras palabras:

hay quienes “plagian”, entre comillas, no me canso de apuntarlo, por ignorancia de las más elementales normas de la escritura, o del propio método científico, y no necesariamente de manera deliberada o criminal (para utilizar un término del que echa mano el derecho penal). Hay quienes parten de las ideas de los otros y esto no puede ser señalado como plagio, en términos absolutos, o *per se*, ya que la ciencia es un continuum, una larga cadena de actos distanciados en el tiempo y en el espacio. Lo ideal, lo ético, lo plausible es que quienes tomen ideas ajenas para darles continuidad y término, señalen sus fuentes y si no lo hacen, quienes fungen como árbitros, tutores, directores, editores, etcétera, lo detecten y corrijan para evitar el daño moral y autoral a terceros, y de esta manera la cadena, a modo de bucle recursivo, se realimente dando como resultado hallazgos y conocimiento. Ergo, lo que solemos llamar como la episteme.

El trabajo científico es metódico, sistémico, consecuente en distintas direcciones (hacia atrás y hacia adelante, y viceversa), lo que trae consigo la necesidad de echarse mano de lo que otros han trajinado en el mismo campo, o en áreas afines ayer y hoy. Entiéndase como el “ayer”, no necesariamente al pasado remoto, sino a etapas precedentes, lo cual explica las novedades en ciencias no tan antiguas, e incluso posmodernas.

La interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad le imprimen al hecho científico contemporáneo visos de trabajo mancomunado, cuyos ejes transversales escapan al campo de la ciencia como tal, y se internan en territorios anteriormente vedados a la misma, como el arte, la literatura, la religión, la filosofía y el conocimiento empírico. Todo esto, como se ha de suponer, complejiza la noción del denominado plagio, para internarse en los densos intersticios de la interculturalidad, la intertextualidad, la mancomunidad de saberes y hasta en el salto cualitativo de uno a otro campo, sin que se hallen los referentes fácticos de la propiedad intelectual de los conocimientos que son de todos, y al mismo tiempo de nadie en particular.

La *Web*, las redes sociales, y la tecnología digital en su conjunto, hacen posible que todo esté a la mano del experto y del lego cuando lo requieran, y

los límites se los pone quienes acceden a ellas, o sus innatas capacidades. Por lo cual, la noción de plagio académico se hace multivariable, imposible de distinguir en sus más recónditos hilos, hasta perderse en una suerte de nube que hace de él un “algo” deletéreo, imposible de asir y de fragmentar en sus más minúsculos componentes y especificidades.

Sobre la base de lo expuesto, se hace perentorio redefinir la noción del plagio en todas sus vertientes, y de manera particular en el campo del trabajo académico y científico. La certeza de que se trata de un absoluto debe ser redimensionada a la luz de un mundo relativista, en el que todo es posible, incluso lo imposible y lo inaudito. Nos corresponde a quienes trajinamos el método científico estar atentos frente a las desviaciones del sistema, ya que pudieran generar crisis y daños a los otros. Por otra parte, nos corresponde a quienes hacemos carrera académica, echar mano de una ética que incluya nuevas posibilidades en un mundo que se ha hecho digital, virtual e inasible desde lo físico, que ha roto para siempre con las contenciones propias de áreas, que fueron hasta hace poco cotos cerrados para élites e iniciados.

Las herramientas tecnológicas que están a la mano de los investigadores y de sus guías, pudieran ayudar en la álgida tarea de detectar copias, fraudes, hurtos y negaciones de los derechos autorales de los otros, pero no son la solución total a una problemática que se complejiza en la medida en que se hace más tecnológico el mundo, y cuando se pone a la disposición de todos información y conocimiento que es propiedad de la humanidad, cuando la información y los saberes saltan los muros de los claustros y se escapan de las manos de sus artífices para hacerse parte y todo de una ciencia global.

### **Reflexiones finales**

En definitiva, no me canso de repetirlo, no hay científicos, académicos ni autores eugenésicos, es decir, que se hagan a sí mismos, sino que todo es un continuum, una larga cadena de aciertos y de errores, de avances y de regre-

siones, que han hecho de la ciencia un territorio de tanteo, de búsqueda permanente de una verdad que se hace esquiva y que muchas veces jamás se presenta ante nosotros. Creernos dueños absolutos del conocimiento que generamos, o que emerge de nuestros denodados procesos científicos, amén de un craso error de perspectiva, es una mala premisa, ya que pertenece a quienes lo transiten, a quienes se acerquen para hacerlo suyo desde nuevos atisbos y vertientes. Visto así, la noción de plagio y de la originalidad deberá redimensionarse para estar en consonancia con los tiempos presentes, en los que el acceso a la multidimensionalidad del saber es instantánea, a la velocidad de impulsos que navegan en realidades virtuales, pero que han sustituido a la vida tal y como la conocíamos.

Les corresponderá a los centros de investigación, a los docentes, a los estudiantes, a los investigadores, a los tutores y a los editores de revistas científicas, acercarse sin tabúes a las nuevas nociones de lo que se entiende por originalidad y plagio, que distan mucho de las que conocimos hasta hace poco, lo que nos permitirá echar a andar los procesos sin atavismos, sin preconcepciones, con la mirada muy clara y atenta para reorientarlos, para que no se erijan en máquinas demolidoras de talentos, de trabajos ni de hallazgos ajenos, sino promotores de talento y de creatividad, y que los datos sean referenciados bajo criterios éticos y metodológicos adecuados, pero sin perderse de vista la pluridimensionalidad del hecho científico y académico, su reconocida ambigüedad predictiva, sus densa urdimbre de variables, así como también su realidad anclada a una nueva realidad: un mundo impredecible e incierto que avanza hacia derroteros insospechados.

La originalidad y el plagio son, pues, un binomio, dos caras de una misma moneda, el haz y el envés de procesos que buscan la emersión de la episteme, pero que tienen qué vérselas con la complejidad de lo humano, de su atávica ambivalencia, de su cruda realidad, que lo empujan a crear y a intentar descubrir lo inasible en medio de la oscuridad de la noche de los tiempos. Y también, a seguir adelante a pesar del error presente en toda indagación, y en todo intento por hallar una verdad que por ideal es también incierta.

**Epílogo**“...a un hombre interiormente libre, y escrupuloso, se le puede destruir, pero no se puede hacer de él ni un esclavo ni una herramienta ciega”<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Einstein A. (2008). *Mi visión del mundo*. Barcelona: Fábula Tusquets Editores, p. 2004.